

# FELIPE SEGUNDO

|   |        |
|---|--------|
| Felipe Segundo.....   | - 1 -  |
| I. Introducción: Felipe Segundo, un monarca renacentista..... | - 2 -  |
| II. El carácter de Felipe Segundo .....                       | - 3 -  |
| III. La política de Felipe Segundo.....                       | - 10 - |
| 1) La rebelión de los moriscos.....                           | - 12 - |
| 2) La insurrección aragonesa .....                            | - 13 - |
| 3) Portugal.....  | - 14 - |
| 4) Los Países Bajos .....                                     | - 15 - |
| 5) Francia .....  | - 18 - |
| 6) Los Turcos.....  | - 20 - |
| 7) Inglaterra y la Armada invencible.....                     | - 21 - |
| IV. Felipe Segundo y la cultura .....                         | - 23 - |
| V. Conclusión .....   | - 25 - |
| VI. Bibliografía .....  | - 28 - |

Hausarbeit von Markus Wirnsberger zum  
HS HU 52 469 Kulturgeschichte Spaniens:  
Geschichte - Sprache - Literatur - Kunst - Alltag  
Prof. Dr. Dr. h.c. Hartwig Kalverkämper

publicado en: [www.markus-wirnsberger.de](http://www.markus-wirnsberger.de)

bajo el título: "Felipe Segundo "

Autor: Markus Wirnsberger

Año: 2005

Puede reproducir y citar, siempre y cuando mencione esta fuente y al autor.

## **I. INTRODUCCIÓN: FELIPE SEGUNDO, UN MONARCA RENACENTISTA**

Felipe II reinó en España en la segunda mitad del siglo XVI, es decir, se trata de un monarca del Renacimiento tardío. Podríamos, por tanto, comenzar describiéndolo como un amante de las artes, pues aquella era la característica esencial de tantos de los príncipes de la época. Sin embargo, basta con hojear someramente las biografías disponibles de Felipe II para entender que este rey no descollaba por ser un gran aficionado de las artes. Más bien, es su peculiar carácter el que capta la atención de sus biógrafos. Por esta razón vamos a comenzar con un – necesariamente breve – resumen de los rasgos síquicos que se le atribuyen a Felipe II.

El segundo y más importante acápite de este trabajo debe forzosamente ocuparse de las tareas políticas a las que hubo de enfrentarse el heredero de Carlos V, pues no podemos obviar que – además de ser hijo de su época y aparte de tratarse de un ser humano, con sus flaquezas y virtudes – era sobre todo un rey, un monarca, un soberano, y eso, del reino más poderoso de su época: la España con sus colonias, además de Borgoña, Nápoles y Sicilia, los reinos heredados de su padre.

Por último, no dejaremos de lado el aspecto cultural. Daremos algunos datos sobre la relación que tuvo Felipe II con las artes y hablaremos sobre su religión<sup>1</sup>.

Resumamos, pues, las descripciones del carácter de Felipe II, rey de España.

---

<sup>1</sup>Estamos conscientes de que la inclusión de la religión en el ámbito de la cultura obedece al ángulo de hoy, no de la época de la que hablamos. Podría, en todo caso, tratarse también dentro de la contemplación del carácter.

## **II. EL CARÁCTER DE FELIPE SEGUNDO**

Felipe II es un personaje histórico que ha suscitado valoraciones especialmente encontradas: El "demonio del mediodía" era un epíteto utilizado ya en vida de Felipe II. "El más grande de entre todos los titulares de la corona española"<sup>2</sup> sería ejemplo de una estima ilimitadamente positiva.

Más objetivos se presentan los adjetivos que suelen utilizarse para describir más detalladamente su carácter: Como laborioso, de excelente memoria, lento en sus decisiones, obstinado, hosco y taciturno, ferviente católico, lo describen Secco y Baridon en su "Historia Universal"<sup>3</sup>. La Enciclopedia Hispánica añade, algo más acremente, que padecía "una falta de habilidad para distinguir entre lo importante y lo trivial" y que era "hombre débil de carácter, [que] sintió siempre recelo de las grandes personalidades y prefería rodearse de colaboradores dóciles."<sup>4</sup>

Algunas de estas caracterizaciones las corrobora también Vázquez de Prada, quien menciona que es un burócrata, y resalta su "susplicacia y auto-defensa con respecto a personalidades fuertes", y que la "meticulosidad escondía un vicio temperamental que sería de graves consecuencias: la irresolución"<sup>5</sup>.

Pfandl, por su parte, un incondicional acólito del rey, torna positivos casi todos estos rasgos, y menciona dos ejemplos: la "cautelosa desconfianza frente a todos los asesores, cortesanos, ministros, que es como un antídoto protector contra la peste del favoritismo, o el correcto y moralmente intachable ,disimular', es decir, el arte no de hipocresía o simulación, sino del saber, secreto y no ostentado, de todas las mañas y flaquezas de sus colaboradores

---

<sup>2</sup> "zweifellos auch der größte unter allen Trägern der spanischen Krone", Pfandl 1938, p. 558.

<sup>3</sup> Secco/Baridon, p. 164

<sup>4</sup> Enciclopedia Hispánica, volumen VI, p. 220

<sup>5</sup> Vázquez de Prada, p. 826.

y ayudantes."<sup>6</sup> Pfandl parece obviar caracterizaciones como que "su sonrisa cortaba como una espada"<sup>7</sup> o que "entre la sonrisa y el cuchillo del rey no hay ni la distancia de dos dedos"<sup>8</sup>, que muestran algo muy distinto de la proverbial "prudencia" en el carácter del monarca<sup>9</sup>.

Veamos, ahora, algunas de las conductas del rey que dieron lugar a estas caracterizaciones.

Interesante es el conflicto que tuvo Felipe II con su hijo, don Carlos, que condujo a la muerte de éste después de que el rey recluyera al príncipe heredero en su habitación. Parece que hubo fundadas razones para intervenir<sup>10</sup>, pero se puede afirmar que el rey actuó con demasiado rigor<sup>11</sup>. Sea como fuere, el enfrentamiento se asemeja muchísimo a lo que el psicoanálisis ha descrito como el conflicto edipal, incluyendo la competencia respecto a la madre, en este caso la madrastra Isabel de Valois, que originalmente estaba prevista para casarse con el hijo, hasta que el padre la desposó. El que hubo

---

<sup>6</sup> Pfandl 1938, p. 501: "das ‚desconfiar‘, das vorsichtige Mißtrauen gegenüber allen Beratern, Höflingen, Ministern, das wie ein schützendes Impfgift gegen die Pest der Günstlingswirtschaft ist, oder das richtige und moralisch untadelige ‚disimular‘, das heißt die Kunst nicht etwa der Heuchelei und Verstellung, sondern des heimlichen, nicht zur Schau getragenen Wissens um alle Schliche und Schwächen der Mitarbeiter und Helfer..."

<sup>7</sup> Vázquez de Prada 1984, p. 826, dicho atribuido al detractor real, Antonio Pérez, corroborado, sin embargo, por la cita que sigue.

<sup>8</sup> Cabot 1997, p. 134, referencia del embajador veneciano Leonardo Donato

<sup>9</sup> No leí todo el libro de Pfandl, pero me atrevo a aseverar que, si se encuentra una de estas citas, será presentada en tono positivo.

<sup>10</sup> No podemos llegar a una conclusión al respecto. Ello depende – además de sus planes de sumarse a los rebeldes neerlandeses –, al menos en cierto grado, de la salud mental de don Carlos, tantas veces cuestionada, sobre todo después de su accidente que lo dejó en estado de coma, y que dió lugar incluso a una trepanación (Aguado Bleye 1952, pp. 568 s). Fernández Álvarez cita el anuncio de suicidio de don Carlos, quien añade: "¡No lo haré como loco, sino como desesperado, pues Vuestra Majestad me trata tan mal!" (Fernández Álvarez 2003, p. 76). Aunque debemos suponer que ciertas enfermedades síquicas permiten, en las fases inactivas, una autorreflexión sobre el propio estado, estas palabras muestran que – al menos en el momento de la aprehensión – don Carlos estaba bastante cuerdo como para discernir entre dos estados mentales.

<sup>11</sup> Así concluye, por ejemplo, Vázquez de Prada 1984, p. 827. Llamativa es, una vez más, la posición de Pfandl: "Er hat einen körperlichen und geistigen Krüppel, einen für seine Reden und Taten nicht verantwortlichen Idioten, einen bereits dem Anfangsstadium der Dementia praecox verfallenen Kranken von der Thronfolge ausgeschlossen ..., und das alles, obschon der unselige Psychopath sein eigenes Kind war. Man muß vor der Selbstüberwindung und Seelenstärke dieses Königs sich um so tiefer beugen, je stolzer er sein Leid nach außen hin verborgen hat" (Pfandl 1938, p. 354).

una relación amorosa entre don Carlos e Isabel, lo afirman, entre otros, Guillermo de Orange y Antonio Pérez, declarados enemigos del rey, y los poetas Otway, Campistron, Alfieri y Schiller<sup>12</sup>. Tampoco faltan las rotundas negaciones de que hubiera habido tal relación, lo que nos muestra que las aseveraciones de que sí la hubo tuvieron bastante publicidad<sup>13</sup>.

Otra conducta es el retiro de la confianza que mostró repetidas veces frente a sus colaboradores más íntimos. Cabot menciona, entre otros, a Luis de Requesens, amigo de la juventud del rey, al duque de Alba, a Juan de Austria y al marqués de Santa Cruz, originalmente el almirante encargado de conducir a la Invencible al triunfo contra Inglaterra<sup>14</sup>. Ranke describe la disimulación del rey, sostenida durante un tiempo cuando alguien ha caído en desgracia, hasta que "de golpe irrumpe la indignación"<sup>15</sup>. Esta repentina falta de confianza habría conducido frecuentemente a la muerte del desgraciado.<sup>16</sup>

---

<sup>12</sup> Aguado Bleye 1952, p. 570, quien menciona además al historiador francés Pierre Matthieu y al abate de Saint-Réal. El propio Aguado Bleye habla de "absurdos amores".

<sup>13</sup> "La reina doña Isabel es seguro que nunca experimentó por don Carlos el menor sentimiento que pudiera enturbiar su honestidad. Tampoco lo experimentó el príncipe por ella" (Cabot 1997, p. 103). "Aber von inzestuösen Neigungen hier oder dort ist keine Spur zu finden; das hat erst die schmutzige Sensationsgier und Verleumdungssucht späterer Jahrhunderte dazu erfunden" (Pfandl 1938, p. 342) Pfandl nos cuenta también otra anécdota: Don Carlos habría tratado a su abuelo Carlos V en los últimos años de la vida de éste como "padre", nombrando "hermano" a su verdadero padre (íbidem, p. 341 s.). La diferencia de edad entre ambos no superaba los 18. El demasiado joven Felipe, hijo además muy dócil de su propio padre, no supo darle el amor necesario ni infundir el respeto – también necesario – a su hijo. En todo caso, aquí no podemos afirmar que Felipe II padecía un conflicto edipal; sí creemos que hay suficientes indicios para que gente entendida del asunto – sicólogos, siquiátras, sicoanalistas, acaso historiadores de la medicina – se ocupen de las fuentes desde esta hipótesis.

<sup>14</sup> Cabot 1997, p. 130 ss, p. 138 y p. 164

<sup>15</sup> Ranke, p. 84: "Endlich aber erfolgt der Ausbruch seines Unwillens mit einem Male."

<sup>16</sup> Ranke (p. 84) parece entender literalmente que Felipe II mandaba asesinar a los desgraciados al escribir: "Cabrera merkt von nicht wenigen an, daß seine Ungrade sie getötet. Das mochte es sagen wollen, wenn man am Hofe den Spruch hatte: ‚Von seinem Lächeln sei nicht weit bis zu seinem Dolch.‘" (No tengo a disposición la obra de Cabrera mencionada por Ranke). A Cabot hay que entenderlo, en casi todos los casos, en el sentido de que fue la congoja por la desconfianza del rey la que mató a esas personas, no su puñal. Exculpa a Felipe II implícitamente por el fallecimiento de Santa Cruz (p. 164), Requesens (p. 132), Juan de Austria, en este último caso apostillando que este murió "no por venenos administrados poco a poco, como han sugerido algunos historiadores mal pensados" (Cabot 1997, p. 139). Para Pfandl, por su parte, habría sido Antonio Pérez, el traicionero secretario de Felipe II, quien, por propia cuenta e iniciativa habría mandado envenenar a Juan de Austria (Pfandl 1938, p. 433).

A propósito de muertes: El asesinato de Juan de Escobedo también divide las opiniones de los eruditos<sup>17</sup>. En 1577, el rey envió a Juan de Escobedo a los Países Bajos, obviamente para controlar y espiar al ya mencionado Juan de Austria, hijo ilegítimo pero reconocido de Carlos V, por tanto, medio hermano de Felipe II, y, a la sazón, gobernador de aquellos parajes. Escobedo, sin embargo, no cumplió su cometido sino que se convirtió en fiel servidor del joven caudillo. Aquello disgustó al monarca, y para que no lo pudiera delatar maquinó un plan para matar a Escobedo, urdimbre en la que lo secundó Antonio Pérez, hombre de confianza de Felipe II. El día 31 de marzo de 1578, sicarios pagados por el propio rey, daban muerte a don Juan de Escobedo en una calle de Madrid. El biógrafo José Tomás Cabot, quien es bastante benevolente para con Felipe II y casi siempre desvirtúa las sospechas que sindicaban al rey de homicida, en este caso culpa sin ambages al monarca, y escribe sobre las secuelas: "Las consecuencias del asesinato, gravísimas para el honor de Felipe II, no tardaron en hacerse notar, amargando el último tramo de la vida del rey y arrojando las primeras sombras en su fama póstuma."<sup>18</sup>

Hemos hecho nuestra, en esta descripción del caso Escobedo – un verdadero caso *policial* del Renacimiento –, la posición del biógrafo José Tomás Cabot. Oponemos, ahora, la postura de Pfandl, que asevera algo bien distinto: Antonio Pérez, el solo, habría encargado a los sicarios a que dieran muerte a Escobedo. "Para convencerlos más fácilmente les presentó una cédula firmada por el rey, en la que se autorizaba la acción. Probable, mas no rigurosamente demostrable, es la suposición de que haya llenado, por cuenta propia, una cédula en blanco".<sup>19</sup>

---

<sup>17</sup> Me baso en esta primera descripción del caso en Cabot 1997, pp. 136 ss., para contrastar luego otras posiciones

<sup>18</sup> Cabot 1997, p. 137

<sup>19</sup> Pfandl 1938, p. 474: "Um sie leichter zu gewinnen, wies er ihnen einen vom König unterzeichneten Befehlszettel (cédula) vor, auf dem die Tat genehmigt war. Wahrscheinlich, aber nicht strikte beweisbar ist die Annahme, daß er eine "cédula en blanco" eigenmächtig ausgefüllt hatte." Pfandl exculpa – cómo sea – a Felipe II de todos los crímenes que se le pudieran atribuir.

También Fernández de Retana llega a la conclusión de la inocencia del rey, pero con unos matices interesantes. Antonio Pérez le dijo – según esta versión – a Felipe II que Escobedo había incitado a Juan de Austria a rebelarse contra el rey. Felipe II, por tanto, creyó en las causas justas de la muerte de Escobedo, por ello dió su consentimiento al homicidio. Las causas nombradas por Pérez fueron falsas, pues ni Escobedo ni Juan de Austria habían jamás deseado sublevarse contra el rey, por lo que el rey fue engañado y el único culpable fue Antonio Pérez<sup>20</sup>.

Nosotros, aquí, en este trabajo no podemos llegar a una conclusión, si Felipe II hizo matar a Escobedo, a Juan de Austria, a su propio hijo don Carlos, a su esposa Isabel de Valois. Vemos que los aduladores de Felipe II y sus detractores pronuncian fallos encontrados al respecto. Un biógrafo relativamente favorable para con el rey pero no incapacitado para expresar crítica alguna, como lo es Cabot, sí afirma que Felipe II tiene responsabilidad en la muerte de Escobedo. Si fue capaz de hacer asesinar a uno, es posible que también a otros. Posiblemente, su recelo contra todos sus colaboradores – que lo hizo emplear a numerosos espías, a veces bufones<sup>21</sup> – y su inquebrantable instinto del poder que no toleraba resistencia, pudo llevarlo a elegir una u otra vez este tipo de solución<sup>22</sup>. Creemos, asimismo, que un "rey justo", verdaderamente justo, difícilmente pueda haber suscitado una leyenda tan, tan

---

<sup>20</sup> Fernández de Retana 1996, pp. 367 ss. También esta exculpación del rey presentada por Fernández de Retana parece poco convincente. Sí hay que considerar al ponderar culpa o inocencia del rey, que en aquellos tiempos una vida humana poco valía, y que otros monarcas coetáneos perpetraron también numerosos asesinatos, o los ordenaban. En contra de la culpa en el caso de Escobedo hay que mencionar el trato dado a Pérez. Este estuvo 12 años en prisión, también por corrupción en su cargo como secretario. Esto implicaba el peligro de que delatara la participación del rey. ¿Por qué, entonces, éste no mandó matar también a Pérez? Tal vez, se sentía invulnerable como rey absoluto. Por otra parte, ahora quizá ya no contaba con nadie en quien confiar para urdir una acción de tal envergadura.

<sup>21</sup> Pfandl 1938, p. 540

<sup>22</sup> Hay que añadir también el caso de Montigny, embajador de la nobleza neerlandesa, muerto en prisión castellana, una flagrante violación del derecho internacional, que Felipe II, sin embargo, no quería reconocer públicamente (Aguado Bleye 1952, p.569 s.; Cabot 1997, p.116).

negra. En todo caso, puesto que ya no podemos hacer comparecer a los testigos en juicio oral, nos quedaremos con la duda.

Un aspecto, ahora ya no de conductas o actos, sino de afectos, queda citado una y otra vez, y se opone a la impresión dejada por el episodio con su hijo primogénito don Carlos. Surge este atributo de las cartas que Felipe II mandó a su familia desde Portugal, entre abril de 1581 a marzo de 1583. Estas fueron descubiertas relativamente tarde (por Gachard, en 1867)<sup>23</sup>, pues su hija Catalina Micaela se las llevó a Turín, al mudarse hacia allí a casa de su marido. Estas cartas, en las que Felipe II expresa enorme cariño para con sus hijos, "revelan los sentimientos familiares de un hombre nada demoníaco, mucho menos tortuoso, gélido, amargo y cruel de lo que pensaban y decían sus enemigos"<sup>24</sup>.

Un último aspecto nos parece interesante en cuanto a la estructura síquica del rey Felipe II, y es la rigidez y dureza emocional de sus padres:

Su madre, al dar a luz, se negó a gritar para aliviar los dolores del parto desatendiendo el consejo de las parteras. La reina dijo que prefería morir que gritar, y, más encima, se hizo cubrir el rostro con un paño "para que nadie viera

---

<sup>23</sup> Pfandl 1938, p. 541

<sup>24</sup> Cabot 1997, p. 148. Pfandl (1938, p. 542): "Diese Briefe Philipps an seine Kinder blasen wie ein Sturmwind in den Schutthaufen von Verleumdung und Haßgerede, der sich drei Jahrhunderte lang über seinem Sarge und seinem Namen anzusammeln Zeit gehabt hat; erst seit ihrem Wiederauftauchen ist das Schauermärchen vom finsternen, gefühllosen, den eigenen Kindern feindlichen und jeder menschlichen Regung unfähigen Philipp II. in nichts zerstoßen". Los biógrafos desatienden al hecho de que esta ambivalencia de sentimientos se observa a menudo en los más crueles de los asesinos: Conmovedora ternura para con su familia (acaso, para con *algunos* de sus hijos), brutal crueldad hacia otros (acaso, hacia *uno* de sus hijos). El psicoanálisis añadiría que estas cartas están dirigidas a sus hijas, de las que sabemos que las quería mucho, y a sus hijos varones que eran todavía muy pequeños (Diego moriría a los siete años en 1582, Felipe, cuando la última de estas cartas, no había cumplido los 5, los demás habían fallecido antes). Aún no eran competidores, por tanto no eran motivo de actualización de sentimientos edipales. El embajador veneciano Francisco Vendramino, al describir el carácter del posterior Felipe III, en 1595, nos insinúa que la constelación mencionada podía expresarse, más de una década más tarde, claro que con la incondicional subordinación del hijo: "Se muestra siempre muy sumiso a su voluntad [de su padre], ya sea por bondad de carácter, por la educación recibida o por recordar lo que sucedió a su hermano don Carlos" (cit. por Cabot 1997, p. 201). Con todo ello no queremos afirmar, pues no hay fundamento suficiente para ello, que Felipe II fuera un cruel asesino; sólo queremos afirmar que estas cartas no constituyen fundamento suficiente para negarlo.



sus visajes de sufrimiento"<sup>25</sup>. Esta misma madre, nefasto modelo de férreo control de la expresión de los sentimientos – característica muy sorprendente, dado que el medievo apenas hubo dado lugar a los tiempos modernos, en los veintes y treintas del siglo XVI – también solía golpear con cierta dureza a su hijo<sup>26</sup>.

El padre, Carlos V, opina que Silíceo, preceptor de Felipe II, "tal vez no haya sido el mejor para instruirlos, pues era demasiado indulgente"<sup>27</sup>. Este mismo maestro es descrito por Pfandl – partidario, como hemos visto<sup>28</sup>, de ásperas prácticas educativas – como un fanático pedante y rígido<sup>29</sup>. Tenemos, entonces, indicios de que la educación de Felipe II puede haber sido demasiado estricta, de parte de ambos progenitores y de alguno de sus maestros. Sabemos que hay que ver las costumbres educativas de la época. Sin embargo, también sabemos que una educación demasiado rígida puede – y pudo en todos los tiempos – deformar una personalidad. ¿He aquí, acaso, las causas de esta frialdad del carácter que tantas veces se describe, de la relación tan conflictiva con su hijo, de los crímenes que se le atribuyen y de los cuales, quizás, alguno haya cometido?

En todo caso podemos concluir de este capítulo que es mejor dejar el análisis de la siquis de los personajes históricos a los profesionales peritos en este campo, es decir, los sicólogos o los psiquiatras. Los historiadores, aún nutriéndose de las mismas – o casi las mismas – fuentes, llegan a conclusiones diametralmente opuestas. Más parece determinar la valoración de Felipe II la

---

<sup>25</sup> Cabot 1997, p. 7; Pfandl 1938, p. 36

<sup>26</sup> "Da ist es nun ein sympathischer Zug der guten Kaiserin, daß sie im Notfall kräftig zugreift und den eigenwilligen Jungen gründlich verdrischt, mögen auch die zimperlichen Hofdamen, ob solcher Grausamkeit oft bitterlich flennen" (Pfandl 1938, p. 41).

<sup>27</sup> Cabot 1997, p. 23

<sup>28</sup> Ver nota 26

<sup>29</sup> Pfandl 1938, p. 500: "Konnte er [Felipe II] unter den Händen des pedantischen, gegen sich und andere unerbittlich strengen Eifersers Martínez Sliiceo, vulgo Kieselstein, der den Fleiß und die Pflichttreue sozusagen lebendig verkörperte, der ein Wahrheits- und ein Echtheitsfanatiker war, der die Rassereinheit mit der Glaubensreinheit in eine Linie stellte, etwas anderes werden als ein gewissenhafter Grübler...?"

nacionalidad y la religión del historiador, además de su posición ya previamente fijada, que los hechos consignados en los documentos históricos<sup>30</sup>.

Veamos a continuación más objetivamente, después de las actitudes personales, las tareas políticas a las que hubo de enfrentarse este soberano español.

### **III. LA POLÍTICA DE FELIPE SEGUNDO**

La evolución estatal del Renacimiento no puede describirse como un fenómeno unitario, pues tenemos, por una parte, las naciones fragmentadas en pequeños principados o en ciudades-estado (Italia y Alemania<sup>31</sup>), y, por otra, aquellos países donde se unieron los diferentes pequeños reinos para constituir un Estado-Nación, que finalmente sería la forma que adquirirían los estados modernos. Este segundo grupo de naciones, entre los que cuentan Francia, Inglaterra y España, se caracterizaban por una administración estatal centralista y burocrática, bajo la autoridad suprema del monarca, cuya legitimidad se justificaba mediante los principios del derecho romano y la

---

<sup>30</sup> Excluimos expresamente de este juicio tan negativo de los historiadores a Cabot (que además de historiador, es periodista), que, tal vez por el tono que elige, es muchísimo más creíble que, por ejemplo, Pfandl. Este probablemente es católico, lo que al parecer hace valorar positivamente al rey católico. Su cercanía con la ideología autoritaria de su época, que se encuentra en varios pasajes de su libro, lo aproxima a este rey que también es bastante autoritario. Su antisemitismo se expresa en la valoración de la inquisición: "Diese Inquisition ... hat den spanischen Volkskörper vom Blutegel des Judentums befreit" (Pfandl 1938, p. 556). Su posición respecto de la pureza racial: "[Philipp II.] hat verhütet, daß der Keim seiner [des Don Carlos] körperlichen und geistigen Insuffizienz durch Fortpflanzung auf Generationen hinaus sich übertrage – was ihn vor allem sehr in die Nähe gegenwärtigen Denkens rückt – ..." (p. 354). En cuanto a la valoración de los personajes Felipe II y – a manera de ejemplo – de su contrincante Guillermo de Orange, contrástese la ecuánime posición del "Europäische Geschichtsbuch": "Philipp II. – Schirmherr des Katholizismus", der "überzeugte Calvinist Wilhelm von Nassau (,der Schweigsame') aus dem Haus Oranien" (Das europäische Geschichtsbuch 1998, p. 240)

<sup>31</sup> Alemania e Italia eran focos del conflicto del bajo medievo entre el papado y el imperio, que produjo, en estos países, más libertad, lo que "benefició a la burguesía y los príncipes, pero impidió la unificación" (Frías 1986, p. 12)

filosofía de Aristoteles<sup>32</sup>, pero sobre todo también por el derecho divino del monarca.

España fue una de las primeras regiones que formaron una nación bajo el liderazgo monárquico, desde que Aragón y Castilla se unieron por el matrimonio entre Isabel y Fernando V, los reyes católicos. Así, Felipe II podía consolidar el absolutismo establecido por sus bisabuelos y perfeccionado por su padre. "Esta autocracia española sirvió de modelo a las otras monarquías europeas. Un siglo más tarde siguió su ejemplo su bisnieto, el famoso rey de Francia Luis XIV"<sup>33</sup>.

En este sentido, la España de Felipe II era una precursora del estado centralista y absolutista de la época moderna, que relevaba poco a poco el estado feudal del medievo.

España es, junto con Portugal, también pionera de otro movimiento característico de la era moderna, pues son estas las primeras naciones colonizadoras. El sistema burocrático era utilizado también para administrar las colonias, con un representante directo del rey en su cúspide, o sea, un virrey o un gobernador<sup>34</sup>.

Felipe II podía, de esta *moderna* forma autocrática, reinar sobre Castilla y Aragón con todos los países que estos reinos y sus propias herencias incluían: Hispanoamérica, Cataluña y Valencia, Nápoles y Sicilia, Flandes, además de una serie de posesiones asiáticas.

Después de esta breve descripción de la España bajo el reinado de Felipe II y de constatar que, además de poderoso, era un país bastante moderno, pasaremos las diferentes acciones o tareas específicas a las que debía enfrentarse nuestro príncipe.

---

<sup>32</sup> Enciclopedia Hispánica, vol. XII , p. 297

<sup>33</sup> Secco/Baridon 1993, p.168 s.

<sup>34</sup> Normalmente, sólo se llamaría *colonia* a las regiones sometidas *fuera* de Europa. Sin embargo, la administración del reino de Nápoles y de Flandes se llevaba a cabo de un modo bastante similar al de las Indias.

1) LA REBELIÓN DE LOS MORISCOS<sup>35</sup>

Dentro de los temas que netamente deben considerarse asuntos internos de España (considerando a ésta ya como una unidad, lo que por la separación jurídica aún existente entre Castilla y Aragón no es del todo correcto) se encuentra la rebelión de los moriscos de Granada.

Felipe II prohibió, en el año de 1567, la lengua, los trajes, las costumbres y, sobre todo, la religión árabes, acto legislativo que se inscribe dentro de lo que para Felipe sería, durante toda su vida política, una de las tareas principales: la defensa del catolicismo<sup>36</sup>. Esta prohibición fue el desencadenante de una insurrección focalizada en Granada. El rey mandó sus tropas para reprimir la rebelión. En un principio, no le permitió al comandante de las tropas, Juan de Austria, intervenir personalmente en los combates, lo que puede ser una señal más del temor a los personajes sobresalientes que caracteriza a Felipe II. Sin embargo, como la sublevación continuaba exitosa, finalmente Juan de Austria obtuvo la autorización de su hermano para salir de Granada y liderar personalmente las tropas que finalmente vencieron a los sediciosos.

Como castigo, los moriscos fueron repartidos por distintos lugares del reino, desaprovechando de esta forma sus cualidades económicas, que sobresa-

---

<sup>35</sup> Para este acápite me baso esencialmente en Cabot 1997, capítulo IX, pp. 109 ss.

<sup>36</sup> El que también hubo autos de fé contra los luteranos (1557 y sigs.) no lo trataremos aquí pues se trataba de una temática secundaria: En España nunca se impusieron importantes movimientos protestantes. Es, además, un poco difícil valorar la acción contra los moriscos desde el punto de vista de hoy, cuando la tolerancia religiosa es un valor incuestionado e incuestionable. Ya durante el reinado de los reyes católicos, la erradicación de las religiones musulmana y judía tenía su función dentro de la creación de una especie de nacionalismo, algo que también debe de haber jugado un papel importante para Felipe II. Es decir, si hoy diríamos que los moriscos tenían su derecho de ejercer su religión, aunque fuera en secreto, para los españoles cristianos pudiera haber sido considerado como un peligro para la propia identidad y cohesión nacional. Que Felipe II era un especialmente ferviente – hasta fanático – católico, puede afirmarse, sin embargo, también al compararlo con otros monarcas de su tiempo: p.ej. Maximiliano II, emperador alemán, o Enrique IV de Francia.

lían sobre todo en el campo de la agricultura<sup>37</sup> y del comercio. Finalmente sería el hijo y sucesor de Felipe II, Felipe III, quien culminaría estos intentos de erradicar a la cultura árabe de tierras ibéricas, iniciados por los reyes católicos y continuados por Felipe II, expulsando en 1609 a los moriscos de España.

## 2) LA INSURRECCIÓN ARAGONESA<sup>38</sup>

La sublevación en Aragón tuvo su origen en una de las acciones más turbias de Felipe II. Cuando, como arriba está descrito, el rey y Antonio Pérez hubieron mandado asesinar a Juan de Escobedo, los familiares de la víctima denunciaron al secretario real por el delito y éste perdió parte de sus puestos. Más de una década después del homicidio, en 1590, habiendo caído completamente en desgracia, Antonio Pérez fue procesado como autor de la muerte de Escobedo. Logró evadirse de la mazmorra, después de haber sufrido el tormento, y se asiló en Aragón, región natal suya, donde, a pesar de la unión de los reinos de Castiella y Aragón, seguían vigentes unos fueros muy amplios que lo protegerían. El intento de entregarlo al Tribunal del Santo Oficio fue impedido por los zaragozanos el día 24 de mayo de 1591, y el motín se extendió, para ser sofocado por tropas enviadas por Felipe II al mando de Alonso de Vargas. Ya vemos, pues, en aquella época la rebelión contra el poder central y la represión de estas actividades por parte de aquél. Vemos, también, el autoritarismo de Felipe II, quien hizo ejecutar a varios de los cabecillas de la revuelta, entre ellos, el propio Justicia mayor. Observamos, asimismo, la voluntad de reconciliación del rey con sus súbditos sublevados: Felipe II viajó a Aragón para clausurar las Cortes, sin entrar en

---

<sup>37</sup> La mermada producción agrícola incitó, décadas más tarde, una producción literaria donde se ensalzaba el honor de los campesinos, para impedir que fueran a buscar fortuna en las ciudades y para lograr que estuvieran orgullosos de su condición y se quedaran en el campo a producir alimentos, p.ej. *El alcalde de Zalamea* de Calderón.

<sup>38</sup> Base: Cabot 1997, capítulo XIII, pp. 173 ss.

Zaragoza y sin recortar todos los fueros aragoneses que habían sido desencadenante y fertilizante de los motines.<sup>39</sup>

Relatado sea también que Antonio Pérez se salvó y vivió hasta cumplir los 71, en Londres y París, no sin escribir sus "Relaciones" y no sin seguir luchando contra y apoyar a los enemigos de quien fuera su antiguo amo, el rey Felipe II.

### 3) PORTUGAL<sup>40</sup>

Tras fenecer, en 1578, el rey Sebastián de Portugal, y, dos años más tarde, don Enrique, su sucesor, Felipe II reivindica el trono portugués alegando que su madre había sido lusa de nacimiento. Hubo otros candidatos, que se retiraron al enterarse de las pretensiones del poderoso contrincante, menos uno: don Antonio, prior de Crato, hijo ilegítimo de uno de los tíos abuelos de don Sebastián, quien fue proclamado rey en enero de 1580. Felipe II, impulsado por el móvil del poder, mandó sus tropas al país vecino, al mando del ya anciano duque de Alba. Los portugueses tenían sus tropas debilitadas por la aventura en África del Norte, que condujo al desaparecimiento – su cuerpo nunca fue encontrado, dando lugar a numerosas leyendas – del rey Sebastián. La victoria fue cosa fácil, y Felipe II fue proclamado rey de los portugueses en 1581.

Esta corona aumentó considerablemente el poderío de Felipe II, pues las posesiones de ultramar portuguesas eran inmensas. Controlaba el comercio marítimo hacia el este y hacia el oeste, y podía contar con las naves de la flota del país vecino. Todo esto, sin embargo, le granjeó aún más recelo y

---

<sup>39</sup> No pretendo aquí dudar del afán reconciliador de Felipe II, pero el hecho de que el viaje del soberano duró medio año y en el intertanto murieron en prisión otros dos de los principales líderes de la insurrección, bien podría interpretarse como una combinación de ambas metas: vengarse de los insurrectos y reconciliarse con los aragoneses.

<sup>40</sup> Cabot 1997, capítulo XI, pp.143 ss.

más enemistad entre las otras potencias europeas. Por otra parte, a él lo alentó a aventurarse, ocho años después de unificar la península ibérica, al ataque por mar de Inglaterra, que – como relatado más tarde – terminó en una estrepitosa derrota.

En todo caso, Felipe II mostró algo de prudencia – al igual que con los aragoneses – y no coartó demasiado la independencia portuguesa. "Afanoso de ganar su buena voluntad, Felipe II respetó las costumbres e instituciones de los lusitanos, pero éstos mantuvieron vivo el deseo de independencia. Medio siglo después de la muerte de aquél la recobraron ..."41.

Si podemos afirmar que Felipe II les dejó a los portugueses su independencia, ello contradice de cierto modo a la afirmación de que era aquel monarca un representante del absolutismo. Al parecer, sus sucesores utilizaron el poder absoluto en forma más radical que Felipe II. ¿Se trataba de los escrúpulos del rey justo, a quien tildaban de "El Prudente"? O acaso, ¿había escarmentado con los sucesos en los Países Bajos? ¿O simplemente el absolutismo, en su tiempo, no había alcanzado su cima, el poder de la nobleza no se había mermado lo suficiente, y el rey no podía imponer plenamente *toda* su voluntad? Nosotros tendemos a esta última explicación. En el mismo sentido, Pfandl puede escribir: "Felipe II no fue un soberano absoluto, aunque le habría gustado serlo."42

#### 4) LOS PAÍSES BAJOS43

---

41Secco, Baridon 1993, p. 168. Los autores incurren en un error al afirmar que la independencia se habría dado durante el reinado de Felipe III, en 1640. El rey español que perdía la corona portuguesa era, efectivamente en 1640, Felipe IV (Secco, Baridon 1993, p. 168; Microsoft Encarta 2003, "Philipp IV von Spanien", "Portugal")

42 Pfandl 1938, p. 557. El original reza así: "Philipp II. war kein absoluter Herrscher, obwohl er es gerne gewesen wäre." El hecho de que Pfandl, pocas páginas antes, escribe que la valoración como absolutista pudiera haber sido utilizada como acusación ("vermeintliche(r) und vermutete(r), auch als Anklage trefflich verwertbare(r) Absolutismus", (íbid., p. 552)) muestra, una vez más, la actitud extremadamente adulatora de Pfandl: Felipe II no fue absolutista, y hay que defenderlo contra sus detractores que dicen que sí lo fue. En cambio, el que en su intención sí lo era, eso para Pfandl no es criticable en absoluto.

43 Cabot 1997, capítulo X, pp. 127 ss.

El segundo tema de los que se sitúan entre la política interior y exterior, pero que preocupó a Felipe II durante casi todo su reinado, fueron las revueltas de los Países Bajos. Portugal llegó a formar parte de sus reinos en 1581, la corona española la recibió en 1556, mientras que los Países Bajos fueron suyos ya en 1555, cuando Carlos V abdicó, en ese momento, solamente la corona de estos en su hijo.

La cercanía de aquellas tierras se veía también en su aspecto físico, que delataba la herencia genética borgoñesa: Felipe II era rubio y de ojos azules<sup>44</sup>.

Sin embargo, Felipe II es descrito siempre como un personaje muy apegado a Castilla. Lo neerlandés le desagradaba<sup>45</sup>. En los casi 40 últimos años de su vida no abandonó la península ibérica. Cuando lo había hecho, antes, fue por cumplir la voluntad de su padre, quien lo mandó en 1548 a un viaje de instrucción y presentación por Europa, además de casarlo en 1554 con la reina María de Inglaterra. En aquel primer viaje debía presentarse a los súbditos que tendría – aún sin heredar la corona imperial – en los parajes más céntricos de Europa. Sin embargo, su carácter hosco y taciturno, poco comprensivo de la idiosincracia de los otros pueblos, no le granjeó mucha amistad por allá. El embajador veneciano Mariano Cavalli preveía ya en aquellos años: "Aquí se piensa que cuando este príncipe suceda a su padre se servirá exclusivamente de ministros españoles en el gobierno, pues se inclina por aquellos reinos mucho más de lo que convendría a una persona destinada a gobernar también otros Estados"<sup>46</sup>. En ello, el embajador hizo alarde de una considerable perspicacia, pues así llegó a ocurrir<sup>47</sup>.

---

<sup>44</sup> Cabot 1997, p. 30

<sup>45</sup> Ranke, p. 80. Y lo alemán le disgustaba aún más (íbidem). Por esta razón, "consideró casi un[a] liberación el fracaso de su padre para imponerle como candidato al título de emperador ante el resto de su familia" (Cabot 1997, p. 35).

<sup>46</sup> cítase aquí según Cabot 1997, p. 36

<sup>47</sup> Ranke, p. 98. No hay que olvidar que Felipe II también le dió cargos importantes dentro de su gobierno a Granvela (hijo), un borgoñés, lo que, esta vez, provocó recelos entre los castellanos (Ranke, p. 116). Esto nos dice que la cuestión nacionalista era algo que afectaba profundamente a la gente de la época, y de todas las naciones. Tal vez no podía ser de



Ahora bien, esa actitud no podía agradar a los otros súbditos del rey. En tierras italianas no parece haber provocado graves insubordinaciones, pero los neerlandeses eran más adictos a las libertades tradicionales. En los años sesentas del siglo XVI se sublevaron, llegando a ser su caudillo Guillermo de Orange.

Felipe II envió al duque de Alba para sofocar esta insurrección, quien cumplió el cometido de forma tan sangrienta que su fama en este sentido persiste hasta el día de hoy en la región. Claro es que ello también contribuía a nutrir la "leyenda negra" contra el propio Felipe II, pues parecía (y me parece) poco creíble que el duque actuara sin el beneplácito del monarca.

Aquellas crueldades no lograron, empero, sofocar la revuelta, y Felipe II destituyó al duque de Alba de su cargo de gobernador general de los Países Bajos. Sin embargo, las políticas más conciliadores de sus sucesores tampoco lograron su fin. Uno de estos sucesores fue el ya mencionado Juan de Austria, que era considerado por los neerlandeses como paisano suyo<sup>48</sup>, quien moriría en el cargo. Fue sucedido por Alejandro Farnesio, quien tuvo algún éxito en la recuperación de las provincias sureñas de los Países Bajos. Las provincias nortinas, en cambio, ya por los años ochentas estaban fácticamente independientes. En 1597, las tropas españolas fueron expulsadas, con la ayuda de Inglaterra y Francia, de las provincias unidas del norte. En 1648, esta independencia fue reconocida en los Tratados de Westfalia.

Entre las causas de la sublevación neerlandesa hay que contar también la religión. Pfandl considera que la cuestión religiosa fue más bien utilizada por los líderes de la rebelión y que no era ningún móvil verdadero del pueblo de Flandes<sup>49</sup>. Sin embargo, contra ello puede aducirse la importancia de la reli-

---

otra manera, puesto que aquella fue la época de la configuración de las naciones, y éstas se definen por la diferencia con las demás (hacemos constar, eso sí, que no pretendemos erigirnos aquí en paladines de la intolerancia).

<sup>48</sup> Ranke, p. 106

<sup>49</sup> Pfandl 1938, p. 415: "...und so kommt es, daß sich der religiöse Zwist als erschwerender Nebenumstand, als zeitgemäße Komplikation dem ursprünglich rein politischen und staatsrechtlichen Kampfe einfügt."

gión en la época. A pesar de que muchos de los cristianos podían cambiar varias veces en la vida la confesión entre luterana, católica y calvinista, sí hay que ver que la fe era una fe auténtica. Esto es válido tanto para los protestantes que desarrollaron su confesión contra la fe católica entendida como corrupta. Pero también el catolicismo reformado se basaba en esta verdadera fe<sup>50</sup>. Entonces, la intolerancia frente a la otra confesión, en este caso, del monarca frente a sus súbditos neerlandeses protestantes, tenía que constituir una grave rémora para la paz. La insurrección se dirigía, entre otras, expresamente contra la anunciada introducción de la inquisición en los Países Bajos.

El propio Pfandl escribe pocas páginas más abajo: "El conflicto confesional ha cubierto y sofocado el sentimiento colectivo existente hasta entonces."<sup>51</sup>

## 5) FRANCIA

Ya Carlos V había mantenido durante toda su vida el conflicto con Francia. Se trataba de la lucha por la hegemonía en Europa, que Carlos V pudo decidir en su favor. Ya fallecido el emperador, se llegó a concertar la paz de Cateau-Cambrésis en 1559, casándose el flamante soberano español con Isabel de Valois, hija del rey francés, para sellar aquella paz.

Sin embargo, los conflictos religiosos en el país vecino no podían dejar tranquilo al rey español. Estas guerras intestinas duraron unos treinta años, aproximadamente hasta el fin del siglo, y Felipe II mandaba tropas una y otra vez o apoyaba a sus aliados católicos en el país vecino, entre ellos, los Guisa. La justificación oficial, sin embargo, no era creíble para todos los coetáneos, pues Felipe II suscitó, siempre, recelos por su enorme poder. Así, un embajador del papa Sixto V podía expresar, sobre la importancia para Felipe II de

---

<sup>50</sup> La hipocresía que los verdaderos creyentes de ambas confesiones mostraban, pecando y cometiendo crueldades, incluso en nombre de la misma religión, hay que explicarla desde un ángulo psicológico, algo que aquí no se podrá llevar a cabo.

<sup>51</sup> Pfandl 1938, p. 435: "Der konfessionelle Hader hat das bisherige Gemeinschaftsgefühl überwuchert und erstickt."

defender la fe católica, en 1589: "...el rey de España, como soberano temporal, desea ante todo mantener y aumentar sus dominios [...]. La conservación de la fe católica, principal objetivo del papa, es sólo un pretexto para su majestad, cuyo fin principal es la seguridad y engrandecimiento de sus dominios...."<sup>52</sup>.

Una vez subido al trono francés Enrique IV<sup>53</sup>, los conflictos no amainan, aunque la última conversión, esta vez al catolicismo, no le permiten a Felipe II seguir esgrimiendo el argumento confesional. En 1592, Felipe II pretende entronizar a su hija Isabel Clara Eugenia en Francia, objetivo fracasado por el patriotismo transpirenaico<sup>54</sup>. Más tarde, incluso intenta casarla con el primer rey borbón. Éste medita sobre la cuestión, sin embargo, poco más tarde, en 1595 declara la guerra contra su virtual suegro. O sea, al igual que al inicio del reinado de Felipe II, España libra una guerra con el país vecino. Ya que las arcas de ambos reinos están muy vacías, la guerra no dura mucho tiempo, y ambos monarcas están obligados a concertar la paz de Vervin, que no le daba ventaja a ninguno de los dos<sup>55</sup>.

El personaje de Enrique IV puede considerarse, tal vez, como una interesante contrafigura de Felipe II, pues muestra, siendo coetáneo de este – aunque más joven –, que la tolerancia confesional es algo no imposible. Con el Edicto de Nantes proclamó, por primera vez, la libertad de culto para protestantes y católicos<sup>56</sup>, dando término de este modo a las guerras religiosas de su país. El que muriera por manos de un fanático que pretendía salvar el catolicismo indica, empero, que la Europa del fin del siglo XVI distaba mucho

---

<sup>52</sup> citado según Cabot, p. 174; El Europäische Geschichtsbuch confirma esta posición: "Dennoch besaß die Wiederaufnahme seines Kampfes gegen den französischen König Heinrich II. keinen religiösen Hintergrund" (Das europäische Geschichtsbuch 1998, p. 240). Pfandl afirma lo mismo negando asimismo que Felipe II haya sido el paladín de la iglesia católica (Pfandl 1938, p. 555).

<sup>53</sup> Microsoft Encarta menciona el año de 1589, aunque la coronación no tuvo lugar hasta 1594 en Chartres (Microsoft Encarta 2003, "Heinrich IV. (von Frankreich)")

<sup>54</sup> Cabot, pp. 189 y s.

<sup>55</sup> Pfandl 1938, pp. 468 ss.

<sup>56</sup> Libertad válida para los individuos, y no, como cincuenta años antes en la paz de Augsburgo, para los príncipes.

de ser baluarte de la libertad y la tolerancia. El siglo XVII se mostraría aun más sanguinario en asuntos espirituales, pues no sólo es el siglo de la Guerra de los Treinta Años, sino, además, de una persecución aun acrecentada de brujas en todo el continente.

## 6) LOS TURCOS<sup>57</sup>

La segunda tarea político-exterior de Felipe Segundo fue la lucha contra los otomanes, entendida como la defensa de la Europa cristiana contra el islam. Ya vimos que en España hubo una larga tradición de oposición al islam que terminaría, finalmente, en la expulsión de esta cultura de la península ibérica, ocurrida, sin embargo, no ya en tiempos de vida de Felipe II.

Los turcos ya habían sido importantes adversarios de Carlos V. Seguían amenazando a Europa, tanto por tierra como por mar, siendo esta última amenaza la que importaba a España, una vez consumada la separación de las ramas austríaca y española de la casa de Habsburgo después de la muerte de Carlos V<sup>58</sup>.

Ya en 1565, la flota filipina había logrado romper el cerco naval impuesto por las naos otomanas a la isla de Malta. En aquella ocasión, Juan de Austria había intentado participar – contra la voluntad del hermano rey – en la aventura marina, sin lograrlo<sup>59</sup>. En el intertanto había conseguido el triunfo en el conflicto interno con los moriscos de Granada, lo que le reportó gran reputación. Había sido nombrado "general de mar", y, en 1571, cuando se logró

---

<sup>57</sup> Cabot 1997, capítulo IX, pp. 109 ss.

<sup>58</sup> Ya en tiempos del propio emperador, soberano de Alemania y España, estos intereses encontrados entre la Europa Central y la Occidental agravaron las relaciones dentro de la propia familia real: Carlos V no apoyó a su hermano en la lucha contra los turcos.: "Den Kampf auf dem Lande überließ Karl ausschließlich dem Bruder Ferdinand, er selbst führte den Kampf gegen sie auf dem Meer – allerdings mit wechselndem Erfolg. Diese Zuordnung der Verantwortung belastete das Verhältnis der Brüder sichtlich (Rassow 1957, S. 35 f.)" (indicación bibliográfica dentro del original citado por mí, a saber: Schorn- Schütte 2000, p. 36).

<sup>59</sup> Cabot 1997, pp. 85 ss.

una coalición bélica entre Venecia – que pretendía recuperar Chipre –, el papa y Felipe II para combatir el peligro turco, sí se le dió el mando para la campaña con 300 buques y 80.000 hombres que culminaría en la gran victoria de Lepanto del día 7 de octubre de 1571.

Este triunfo, si bien no suscitó muchas consecuencias estratégicas positivas para España, sí dio lugar a una gran leyenda, pues Lepanto es sinónimo de la época de oro – y no meramente en sentido militar – de España. Pintores como Tiziano y El Greco se hicieron cargo de representar a Felipe II – monarca que, a diferencia de su padre, nunca participó en ninguna actividad bélica – como el gran triunfador. El propio Miguel de Cervantes participó en la hazaña, pudiendo alabar para la posteridad este "día tan feliz para la cristiandad". Lepanto le deparó el máximo honor al rey Felipe II, al igual que para el mariscal responsable, Don Juan de Austria<sup>60</sup>. ¿Se iniciaba ya en aquel momento la decadencia? No, pues quedaba aún una década para disfrutar de la gloria, que empezaría a amainar recién después de la coronación en Portugal.

## 7) INGLATERRA Y LA ARMADA INVENCIBLE<sup>61</sup>

Ya desde hacía algún tiempo se venía barajando, en Roma tanto como en Castilla, la idea de derrocar a la reina anglicana de Inglaterra, para entronizar a un monarca abrazado de la legítima fe. En 1583, el marqués de Santa Cruz, don Álvaro de Bazán, hubo triunfado en las Azores sobre los secuaces del prior de Crato, quien todavía le estaba riñendo la corona portuguesa a Felipe II. El marqués le proponía a su rey aprovechar la racha y enviar sus naves hacia la ínsula británica. La coyuntura estaba favorable: En el interior del reino propiamente tal había relativa tranquilidad. En los Países Bajos, Guillermo de Orange había sido asesinado (el propio Felipe II lo había amena-

---

<sup>60</sup> Véase en Pfandl 1938, pp. 385 y ss. respecto de los méritos personales de Juan de Austria para esta victoria.

<sup>61</sup> Cabot 1997, capítulo XII, pp. 159 ss.

zado de muerte<sup>62</sup>), Alejandro Farnesio había conquistado Amberes. Inglaterra no había dejado de suministrar causas bélicas: Apoyó a los protestantes rebeldes neerlandeses, hizo cerrar el canal de la Mancha para los buques españoles (todos los suministros habían de ser embarcados a Italia y transportados por tierra a Flandes) y había incitado a los famosos filibusteros a atacar barcos y puertos en España y América.

Lo que finalmente dió el toque decisivo fue la decapitación de María Estuardo en 1587, y el hundimiento de varios barcos españoles a mano de Francis Drake en el interior del puerto de Cádiz, el mismo año<sup>63</sup>. Ahora, Felipe II ya no quería dilatar el ataque. Sin embargo, el marqués de Santa Cruz, encargado de organizar la flota, ahora no estaba tan optimista, pues, estaba consciente de la falta de dinero, barcos y hombres. Una vez más, el rey le retiró la confianza a un colaborador suyo y le envió un emisario a Lisboa para que este controlara la fidelidad del almirante. Éste, herido por los recelos reales y atacado por una grave enfermedad, falleció en febrero de 1588.

El rey, esta vez más apurado en sus decisiones que otras veces, nombró como sucesor al duque de Medina Sidonia, don Alonso Pérez de Guzmán, de sólo 38 años de edad y casi sin experiencia en combates navales. Este no quiso aceptar el cargo, que le parecía superar sus cualidades, mas el rey no aceptó sus objeciones.

Cuando, a comienzos de agosto de 1588, se libró la batalla marina en el canal de la Mancha, los españoles fracasaron por varias razones: El gran calado de sus buques impidió acercarse a costas y puertos; el mayor alcance de la artillería inglesa hacía que los buques españoles no se pudieran acercar y abordar las naves enemigas; la estrategia inglesa de enviar pequeñas embarcaciones con material combustible, que si bien no lograron incendiar los barcos españoles, sí los hizo darse a la fuga. Las tormentas hicieron lo suyo y de este modo, en setiembre de 1588, sólo la mitad de los 130 barcos zar-

---

<sup>62</sup> Cabot 1997, p. 154

<sup>63</sup> Ya en 1585, el más insigne entre los corsarios había saqueado el puerto de Vigo.

pados algunos meses antes, y sólo un tercio de sus 30.000 tripulantes<sup>64</sup> consiguieron regresar a las costas patrias<sup>65</sup>.

#### **IV. FELIPE SEGUNDO Y LA CULTURA**

Un aspecto que hoy contamos dentro de la cultura es la religión. En este orden de cosas, Felipe II era un soberano radical como pocos otros, a favor de la causa católica. Bien es cierto que la cuestión confesional era un asunto muy debatido en aquella época y constituía, por ello, una contradicción muy acre con otra cualidad que se le atribuye al renacimiento: el humanismo y la tolerancia. En todo caso, tenemos ejemplos de otros monarcas que podían ejercer e imponer, al menos parcialmente, la tolerancia religiosa en sus reinos. Cabe citar la paz de Augsburgo, obra sobre todo de Fernando, tío de Felipe II, quien negoció esta transacción en 1555, en nombre de su hermano, el emperador Carlos V. El hijo de Fernando y su sucesor como emperador alemán, Maximiliano II, también era proclive a permitir las dos confesiones en su imperio. Otro monarca quien actuó en este sentido, algo más joven que Felipe II, es Enrique IV de Francia. Hay que hacer notar que estos últimos dos soberanos fueron conversos o, al menos, habrían querido serlo (a Maximiliano como príncipe heredero no lo dejaron convertir a la fe luterana). Muestran estos personajes que la conversión, la mezcla, el mestizaje, si así queremos expresarlo, puede ser base de una ampliación de miras. Sobre todo, en el contexto de este trabajo, nos muestran que coetáneos de Felipe II sí eran capaces de ser tolerantes en sentido religioso.

---

<sup>64</sup> Nótese que la armada que triunfó en Lepanto contó con 300 naves y 80.000 hombres, entre venecianos, españoles y papales, de modo que ésta no es la "mayor y más potente que han visto los siglos", cita en Cabot 1997, p. 166, no claramente atribuible, pero al parecer incluida en la última orden de Felipe II, que exige terminantemente emprender la expedición. El término de "invencible" parece haber sido acuñado con sentido irónico por los ingleses (Pfandl 1938, pp. 458 s.).

<sup>65</sup> Pfandl 1938, p. 457

Con toda seguridad esta inflexibilidad de Felipe II tenía que ver con su carácter de hijo dócil de Carlos V, quien en el conflicto religioso no logró imponer su posición y quien en la vejez se puso muy fanático católico<sup>66</sup>. El propio Felipe II hizo alarde de su propio fanatismo, y al presenciar la incineración de un supuesto hereje le espetó al aristócrata italiano Carlos de Sessa, uno de los condenados de aquella ocasión: "Si mi hijo fuera tan malo como vos, yo mismo traería la leña para quemarlo"<sup>67</sup>.

En cuanto a las artes, Felipe II es caracterizado en las notas biográficas como un amante de las mismas. Sin embargo, sobresale en ello claramente su compromiso con El Escorial que mandó construir, y que hasta el día de hoy es un monumento de su reinado y de su época, la más gloriosa de España.

Aparte de ello, llaman la atención algunas afirmaciones negativas. Por ejemplo, el compositor más famoso del renacimiento español, Tomás Luis de Victoria<sup>68</sup>, era músico en la corte de María, la hermana de Felipe II y emperatriz viuda de Maximiliano II, pero no en la corte del monarca. También nos enteramos de su rechazo del cuadro de El Greco "El sueño de Felipe II"<sup>69</sup>. Por último, cabe mencionar que si bien "estimaba mucho la música seria, aborrecía el teatro; sólo el vulgo podía, a su juicio, encontrar su satisfacción en esta suerte de pasatiempos."<sup>70</sup> Peor era cuando un monarca era representado en escena, pues eso lo consideraba como penetración en el espacio

---

<sup>66</sup> En su última carta desde San Jerónimo de Yuste a su hijo Felipe, en setiembre de 1558, el emperador le escribió: "Ich bitte ihn und bürde es ihm auf, mit aller Inständigkeit und Dringlichkeit und wie ich es nur kann und wie es meine Pflicht ist: ich befehle es ihm als sein liebender Vater und um des Gehorsams willen, den er mir schuldig ist, als Wichtigstes und Hauptsächliches, daß die Ketzer vernichtet und bestraft werden mit allem nur möglichen Nachdruck der Gewalt, ohne Ausnahme und ohne Barmherzigkeit (...), und zu meiner größten Entlastung und Beruhigung" (Schorn-Schütte 2000, p. 19).

<sup>67</sup> Cabot 1997, p. 70. He aquí, además del fanatismo religioso, la posición conflictiva de Felipe II entre su padre y su hijo, que hemos tratado arriba. Carlos V también se mostró deseoso de ejecutar personalmente una pena, al escribirle a su hija Juana: "Wäre ich kräftig genug und in der Verfassung sie ausführen zu können, würde ich auch versuchen, mich in diesem Fall anzustrengen, um jegliche Arbeit auf mich zu nehmen, um für meinen Teil die Abhilfe zu schaffen und die Bestrafung des Genannten zu betreiben" (Kohler 2000, p. 362).

<sup>68</sup> Según Microsoft Encarta 2003, "Victoria, Tomás Luis de"

<sup>69</sup> Microsoft Encarta 2003, "Greco, El"

<sup>70</sup> Pfandl 1938, p. 540: "Ernsteste Musik schätzte er hoch, das Theater verabscheute er; an derartigem Zeitvertreib konnte seiner Meinung nach nur der Pöbel sein Genügen finden."



reservado del soberano<sup>71</sup>, una especie de sacrilegio. Pfandl, que todo lo defiende en Felipe II, atribuye el rechazo al teatro al hecho de que no llegó a vivir, al menos no en sus años mozos, la edad de oro de la dramaturgia española<sup>72</sup>.

En todo caso, debemos, al menos, sospechar que un hombre tan fanático en su religión, tan acérrimo nacionalista, tan aferrado al poder, no podía sencillamente ser un amante de las artes. Por tanto, y considerando también su propensión al aislamiento, su carácter huraño y tosco, podemos suponer también que en este aspecto se diferencia considerablemente de la mayoría de los soberanos coetáneos.

## **V. CONCLUSIÓN**

Hemos descrito a Felipe II como un hombre hosco, irresoluto, empedernido católico que desconfiaba de todo el mundo. Hemos visto que, con este carácter, no era el típico príncipe renacentista brillante que amaba a las artes. Sí le corresponde la fama de haber hecho construir el monumento de la época en España que es El Escorial.

La denominación "el demonio del mediodía", que se debe a sus enemigos, no es del todo falsa, puesto que hemos visto que algunos de los homicidios que la historia le ha atribuido, realmente parece que él los mandó perpetrar. Creemos, sin embargo, que parte de esta animadversión se debe a su enorme poderío, y al hecho de que carecía del carisma de su padre, o de la reina de Inglaterra, que pudiera haber relativizado o incluso invertido la mencionada valoración.

---

<sup>71</sup> Pfandl 1938, p. 541

<sup>72</sup> En la cual, hay que añadir, se representaba con especial frecuencia a los reyes y emperadores en escena, por lo que aquello no le habría gustado nada, si le creemos a Pfandl. En *El Alcalde de Zalamea* aparece el propio Felipe II, en el papel de "rey justo".

Como político, no hizo tan mal su labor. Sobre todo, en el interior tuvo bastante éxito, y sus acciones dirigidas hacia el exterior lograron no solo conservar sino ampliar la extensión de sus reinos. Sin embargo, fue un monarca que carecía de creatividad y visiones. Su fanatismo religioso y su pretensión absolutista, le acarrearón numerosos problemas financieros, además de las estrepitosas derrotas bélicas en los Países Bajos y en Inglaterra, que mermaron enormemente su prestigio, y que deben constituir causas, entre otras, de la decadencia en que incurriría España en el siglo posterior a su reinado. Si bien era un representante de los monarcas absolutistas que despojaban a los señores de su poder, fomentando así la burguesía, gobernó una España que vivía de la plata que llegaba de las Indias<sup>73</sup>, para gastarla en guerras y en productos manufacturados en los Países Bajos. Si consideramos que burgueses y labradores tuvieron que enfrentar continuos aumentos de los impuestos, mientras que la nobleza no tributaba en absoluto, vemos que la época de Felipe II fue una época de consumo – estatal y privado –, no de producción<sup>74</sup>.

Para ilustrar, entonces, que nos encontramos ante uno de los personajes más controvertidos de la historia de España, reproducimos una última cita de José Tomás Cabot:

"Felipe II sería visto en todas partes – y desde luego ante el futuro tribunal de la Historia – como un rey principalmente castellano, muy querido y respetado

---

<sup>73</sup> El tema de las Américas, al parecer, poco le interesaba a Felipe II. En toda la biografía de Cabot, y en todas las demás fuentes que hemos consultado para este trabajo en forma menos completa, no hemos encontrado mención alguna del nuevo continente más que en relación con la plata que llegaba (o, a veces, no llegaba) desde allí. Este desinterés, sin embargo, es mutuo: En innumerables horas de clases de historia, impartidas en Chile, al autor de este trabajo no le quedó grabado en la mente ni un solo recuerdo lejano del nombre de este monarca, al igual que ocurre con todos sus sucesores, pero no con su padre, pues Carlos V (con este nombre) era tratado con bastante insistencia en las clases de historia chilenas.

<sup>74</sup> En este trabajo hemos descuidado el aspecto de la gestión económica de Felipe II. Un elemento de la misma: proclamó tres veces la bancarrota del Estado, en 1557 (debida más bien a la administración de su padre), en 1575 y en 1596. Por otra parte, América producía, entre 1561 y 1570, cada año un promedio de más de 900.000 kg de plata (Lutz, p. 64). De esta plata, esencialmente castellana, una quinta parte correspondía al rey (Cabot 1997, p. 19).

por los súbditos de aquel país. Pero que el empobrecimiento y la decadencia de Castilla comenzasen en su reinado, y a causa del mismo, por culpa de errores suyos, especialmente en política internacional, ni todos los castellanos ni un extenso sector de los historiadores futuros habrían de aceptarlo como una posibilidad lógica, un hecho verosímil y, a fin de cuentas, una incontrovertible realidad."<sup>75</sup>

---

<sup>75</sup> Cabot 1997, p. 38

## **VI. BIBLIOGRAFÍA**

- Aguado Bleye, Pedro: Carlos, Príncipe Don; en: Diccionario de Historia de España, tomo I p. 567 ss, Revista de Occidente, Madrid 1952
- Enciclopedia Hispánica, Macropedia, Vol. 6, "Felipe II de España", pp. 220 s; Vol. XII "Renacimiento", pp. 296 ss.; 1990-1991
- Europäische Geschichtsbuch, Das; Von den Anfängen bis heute; Klett-Cotta, Stuttgart 1998
- Fernández Álvarez, Manuel: La España de Felipe II, 1527-1598; en: Historia de España Menéndez Pidal. Dirigida por José María Jover Zamora, Tomo XXII, Vol. IV, Auge y declive de un Imperio (1566-1598), 2ª edición, Madrid 2003
- Fernández y Fernández de Retana, Luis: España en tiempo de Felipe II; en: Historia de España Menéndez Pidal. Dirigida por José María Jover Zamora, Tomo XXII, Vol. II, 1568-1598, 7ª edición, Madrid 1996
- Frías Valenzuela, Francisco: Nuevo manual de historia de Chile; Zig-Zag; Santiago de Chile 1986
- Kohler, Alfred: Karl V.; 1500-1558; Eine Biographie; München; 2000
- Lutz, Heinrich: Das Ringen um deutsche Einheit und kirchliche Erneuerung, 1490 – 1648; Frankfurt, Berlin, Wien; 1983
- Microsoft® Encarta® Enzyklopädie Professional 2003. © 1993-2002 Microsoft Corporation.
- Pfandl, Ludwig: Philipp II. Gemälde eines Lebens und einer Zeit.
- Ranke, Leopold von: Spanische Geschichte. Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16. und 17. Jahrhundert. Hrsg. von Professor Dr. Willy Andreas. Emil Vollmer Verlag, Phaidon Verlag, Essen
- Schorn-Schütte, Luise: Karl V.; Kaiser zwischen Mittelalter und Neuzeit; München; 2000
- Secco Ellauri, Oscar y Baridon, Pedro Daniel: Historia Universal. Época Moderna, Buenos Aires 1993
- Vázquez de Prada, V.: Felipe II de España, en: Gran Enciclopedia RIALP, tomo IX, Madrid 1984